

hijo suyo, é mandó el gobernador cabalgar é que corriessen los de caballo é tocassen las trompetas (mas por ponerles temor, que por haçerles fiesta con tal rescebimiento); y al tornarse aquellos indios envió el adelantado con ellos dos chripstianos avisados de lo que avian de sentir y espiar, para tomar aviso é estar apercebido. A los veynte é cinco de septiembre vino el caçique de Talisi, é dió lo que le pidieron, assi como tamemes, mugeres y mantenimientos, é desde allí enviaron é dieron libertad al caçique de Coça, para que se tornasse á su tierra: é yba muy enojado é lloroso porquel gobernador no le quiso dar una hermana suya que le llevaban, é porque le avian á él trahido tan apartado de su tierra. Martes á cinco de octubre salieron de Talisi é fueron á dormir á Casiste, ques un bonico pueblo á par del rio. E otro dia, miércoles, fueron á la Caxa, un pueblo ruin, ribera del rio, é á la raya de Talisi é de Tascaluça. É otro dia, jueves, fueron á dormir á par del rio, é estaba del otro cabo del agua un pueblo que se llama Humatí; é otro dia, viernes, fueron á otra poblacion nueva, que se dice Uxapita; é el otro dia, sábado, fueron á asentar su real una legua antes de llegar al pueblo de Tascaluça en el campo, é desde allí el gobernador envió mensajero, y vino con respuesta que fuesse en buen hora, quando él quisiesse.

Preguntando el historiador á un hidalgo bien entendido que se halló presente con este gobernador é anduvo con él todo lo que vido de aquella tierra septentrional, que á qué causa en cada parte que llegaba este gobernador é su exército pedian aquellos tamemes ó indios de carga, é por qué tomaban tantas mugeres, y essas nó serian viejas ni las mas feas; y dándoles lo que tenian, por qué

detenian los caçiques y principales; y á dónde yban que nunca paraban ni seosegaban en parte alguna: que aquello ni era poblar ni conquistar, sino alterar é asolar la tierra é quitar á todos los naturales la libertad, é no convertir ni haçer á ningun indio chripstiano ni amigo; respondió é dixo: Que aquellos indios de carga ó tamemes los tomaban por tener mas esclavos ó servidores, é para que les llevassen las cargas de sus mantenimientos, é lo que robaban ó les daban; é que algunos se morian é otros se huian ó se cansaban, é que assi avian menester renovar é tomar mas: é que las mugeres las querian tambien para se servir dellas é para sus sucios usos é luxuria, é que las hacian baptiçar para sus carnalidades mas que para enseñarles la fé: y que si detenian los caçiques é principales, que assi convenia para que los otros sus súbditos estoviessen quedos é no les diessen estorbo á sus robos é á lo que quisiessen haçer en su tierra de los tales. Y que á dónde yban ni el gobernador ni ellos lo sabian, sino que su intento era de hallar alguna tierra tan rica que hartasse sus codibçias, y saber los secretos grandes quel gobernador deçia que sabia de aquellas partes, segund muchas informaciones que se le avian dado. É que quanto á alterar la tierra é no poblar, que no se podia haçer otra cosa hasta topar asiento que les satisficiesse. ¡Oh gente perdida, oh diabólica cobdiçia, oh mala conçiencia, oh desventurados milites, cómo no entendiedes en cuánto peligro andábades, y quán desasosegadas vuestras vidas y sin quietud vuestras ánimas! ¡Cómo no os acordárades de aquella verdad, que deplorando el glorioso Sanct Augustin de la miseria presente desta vida, dice: «esta vida es vida de miseria, ca-

duca é inçierta, vida trabajosa é no limpia, vida, Señor, de males, reyna de los soberbios, llena de miserias é de espanto; que no es vida ni se puede decir sino muerte, pues que en un momento se acaba por varias mutaciones é diversos géneros de muerte? Oid, pues, letor cathólico, y no lloreis menos los indios conquistados que á los chripstianos conquistadores dellos, ó matadores de sí y de essotros, y atended á los subçesos deste gobernador mal gobernado, instruido en la escuela de Pedrarias de Avila, en la disipaçion y asolaçion de los indios de Castilla del Oro, graduado en las muertes de los naturales de Nicaragua y canoniçado en el Perú, segund la órden de los Piçarros; y de todos essos infernales passos librado y ydo á España cargado de oro, ni soltero ni casado,

supo ni pudo reposar sin volver á las Indias á verter sangre humana, no contento de la vertida, y á dexar la vida de la manera que adelante se dirá; y dando causa á que tantos pecadores, engañados de sus vanas palabras, se perdiesen tras él. Ved qué querria él mas de lo que le ofresció aquella reyna ó caçica de Cofitachequi, señora de Talimeco, donde le dixo que en aquel lugar suyo hallaria tantas perlas que no las pudiesen llevar todos los caballos de su exército; y resçibiéndole con tanta humanidad, ved cómo la tractó. Vamos adelante, y desta verdad que aveis leydo no se os olvide, como para en prueba de tantas perlas, como se le ofresçieron, ya llevaba este gobernador é su gente ocho ó nueve arrobas de perlas, é sabrés cómo las goçaron con lo demas.

CAPITULO XXVII.

En que se cuenta lo que le aconteçió al adelantado Hernando de Soto con el caçique de Tascaluça, llamado *Actahachi*, el qual era tan alto hombre que paresçia gigante; é de las guaçabaras é crudas batallas é asalto que dieron á los chripstianos en el Pueblo llamado Mabila é adelante en Chicaça. É cuéntanse en este capitulo otros subçesos á la historia convinientes y notables.

Domingo, diez de octubre, entró el gobernador en el pueblo de Tascaluça, que se llamaba Athahachi, pueblo nuevo; é estaba el caçique en un balcon que se haçia en un çerro á un lado de la plaça, arrevuelto á la cabeça çierta toca como almayçar, tocado como moro, que le daba auctoridad, é un pelote ó manta de plumas hasta en piés muy auctorizado, sentado sobre unos coxines altos, y muchos principales de sus indios con él. Era de tan alta estatura como aquel Antonico de la guarda del Emperador, nuestro señor, y de muy buenas proporciones, muy bien hecho y gentil hombre: tenia un hijo manço tan alto como él, pero era mas delgado. Estaba siempre delante deste caçique un indio

muy bien dispuesto en pié, con un quitasol en una vara que era como un moscador redondo y muy grande, con una cruz (semejante á la que traen los caballeros de la Órden de Sanct Johan de Rodas) en medio en campo negro, y la cruz blanca. Y aunque el gobernador entró en la plaça, y se apeó y subió á él, no se levantó, sino estúvose quedo y seguro, como si fuera un rey, y con mucha gravedad. El gobernador estuvo un poco sentado con él, y desde á poco se levantó y dixo que se fuessen á comer y llevólo consigo, y vinieron indios á dançar; é dançaron muy bien al modo de los labradores de España, de manera que era plaçer verlos. Á la noche quissiérase yr, é el adelantado le dixo que allí

avia de dormir: entendiolo y mostró que burlaba de tal determinación, y seyendo señor darle á él tan súbita ley ó impedimento en su libertad, y dissimulando con el caso, despachó luego sus principales cada uno por sí, é él durmió allí á su pesar. Otro dia el gobernador le pidió tamemes y cien indias, é el caçique dió allí quatroçientos tamemes, y los demas y las mugeres dixo que daría en Mabila, provincia de un vasallo principal suyo, é el gobernador se contentó que la resta de aquella su injusta demanda se satisficiese en Mabila. É mandó darle un caballo y unos borçeguiés y un manteo de grana por llevalle contento; pero como el caçique le avia ya dado quatroçientos tamemes, ó mejor diciendo esclavos, é le avia de dar en Mabila cien mugeres, é los que mas quissiesen, ved que contentamiento le podian dar esos borçeguiés é manteo é llevarle á caballo, que pensaba él que yba caballero en un tigre ó en un ferocíssimo leon, porque en mas temor estaban los caballos reputados entre aquella gente. En fin, martes doçe de octubre, salieron de aquel pueblo Atahachi, llevando el caçique, segund es dicho, é con él muchos principales y siempre el indio con el quitasol delante de su señor, y otro con un coxin; é fueron aquel dia á dormir al campo. É otro dia miércoles llegaron á Piachi, ques un pueblo alto sobre un barranco de un rio enriscado, y el caçique dél malicioso, é púsose en resistirles el passo; pero en efeto passaron el rio con trabaxo, é matáronles dos chripstianos, é fuéronse los principales que acompañaban al caçique. En aquel pueblo Piachi se supo que avian muerto á don Teodoro y á un negro, que salieron de las barcas de Pamphilo de Narvaez. El sábado, diez y seys de octubre, partieron de allí é fueron á un monte, donde vino un chripstiano de dos quel gobernador avia enviado á Mabila; é di-

xo que avia mucha junta de gente en Mabila y armada. Otro dia fueron á un pueblo cercado, y vinieron mensajeros de Mabila que truxeron al caçique mucho pan de castañas, que hay muchas é buenas en su tierra. Lunes, diez y ocho de octubre, dia de Sanct Lúcas, llegó el gobernador á Mabila, aviendo passado aquel dia por algunos pueblos, que fué causa de detenerse la gente á ranchear y derramarse por parescer tierra poblada; é no llegaron con el gobernador sino quarenta de caballo en avanguardia, y puesto que estovieron un poco detenidos por no mostrar el gobernador flaqueza, se entró en el pueblo con el caçique, y todos se entraron con él. Hicieron los indios luego un areyto, ques su manera de bayle en dança y cantando. Estando en esto, vieron unos soldados meter haçes de arcos y flechas dissimuladamente en unos *guanós*, é otros chripstianos vieron que lo alto y lo baxo de los buhíos estaba lleno de gente dissimulada. El gobernador fué avisado, é púsose su çelada en la cabeça, é mandó que saliessen todos á cabalgar é aperçebir toda la gente que oviesse allegado: é apenas ovieron salido, quando tomaron los indios las puertas de la çerca del pueblo. É quedaron con el gobernador Luis de Moscoso é Baltasar de Gallegos é Espíndola, capitán de la guarda é siete ú ocho soldados: é metióse el caçique en un buhío é no quiso salir dél; é luego començaron á tirar flechas en el gobernador. Baltasar de Gallegos entró por el caçique, é no queriendo salir, derribó un braço de una cuchillada á un principal. Luis de Moscoso esperábalo á la puerta por no le dexar solo, el qual estuvo peleando como caballero, é hizo todo lo posible, hasta tanto que no pudiendo mas sofrir le dixo: «Señor Baltasar de Gallegos, salíos, sino dexaros hé, que no os puedo mas esperar.» En este tiempo avian ca-

balgado Solís, veçino de Triana de Sevilla, é Rodrigo Ranjel, que fueron los primeros, é por sus pecados derribaron luego muerto al Solís. El Rodrigo Ranjel llegó çerca de la puerta de la villa al tiempo quel gobernador salía y dos soldados de su guarda con él, é sobrel mas de septenta indios, los quales se detovieron de temor del caballo de Rodrigo Ranjel, é queriéndoselo él dar, llegó un negro con el suyo: é mandóle al Rodrigo Ranjel que socorriesse al capitán de la guarda que quedaba atrás, el qual salía bien fatigado é un soldado de la guarda con él, é el de caballo hizo rostro á los enemigos hasta que salió de peligro. É volvióse al gobernador Rodrigo Ranjel, é hizole sacar mas de veynte flechas que sobre sí llevaba asidas de las armas, que son unos sayos colchados de algodon gruesos; é mandó á Ranjel que guardasse á Solís hasta sacarlo de entre los enemigos, porque no lo llevassen dentro, y el gobernador fuésse á recoger la gente. Ovo tanta virtud y vergüença este dia en todos los que en este primero acometimiento é principio desta mala jornada se hallaron que pelearon por admiración, é cada chripstiano haçia su deber, como valentíssimo milite. Luis de Moscoso y Baltasar de Gallegos salieron con los demas soldados por otra puerta.

En efeto, los indios se quedaron con el pueblo y con toda la hacienda de los chripstianos y con los caballos que quedaban atados dentro, que mataron luego. El gobernador recogió todos los quarenta de caballo que estaban allí, é llegáronse á una plaça grande delante de la puerta principal de Mabila, é allí salieron los indios, sin osar desviarse mucho de la çerca; é por sacarlos afuera, hicieron que huian los de caballo al galope, apartándose bien de los muros, y los indios creyéndolo, desviáronse del pueblo.
TOMO I.

blo é de la çerca en su seguimiento, cobdiçiosos de emplear sus flechas: é quando fue tiempo, los de caballo dieron la vuelta sobre los enemigos, é primero que se pudiesen acoger, alañearon muchos. Don Carlos quiso llegar con el caballo hasta la puerta, é diéronle al caballo un flechaço en los pechos, é no lo pudiendo volver, apeóse á sacarle la flecha é vino otra que le dió á él en la olla, sobre el hombro, de la qual, pidiendo confesion, cayó muerto. Los indios no osaron mas desviarse de la çerca. Estonçes el adelantado çercóles por muchas partes hasta que se allegó el real todo, é entráronles por tres partes poniendo fuego, cortando primero con hachas la çerca: é el fuego anduvo tal que se quemaron las nueve arrobas de perlas que traian é toda la ropa y ornamentos y cálices y formas de hostias y el vino para deçir misa, y quedaron como alárabes desnudos y con harto trabaxo.

Avian quedado en un buhío las mugeres chripstianas, que eran unas esclavas del gobernador; é algunos pagés, un frayle, un clérigo y un coçinero é algunos soldados defendiéronse muy bien de los indios, que no les pudieron entrar hasta que los chripstianos llegaron con el fuego é los sacaron. É todos los españoles pelearon, como varones de grandes ánimos, é murieron dellos veynte é dos, é hirieron otros çiento é quarenta é ocho de seysçientos é ochenta é ocho flechaços, é matáronles siete caballos é hirieron veynte é nueve otros. Las mugeres y aun muchachos de quatro años reñian con los chripstianos, y muchachos indios se ahorcaban por no venir á sus manos, é otros se metían en el fuego de su grado. Ved de qué voluntad andarian aquellos tamemes. Ovo grandes flechaços, y de tan buena voluntad y fuerza enviados, que la lança de un hidalgo, dicho Nuño de Tovar, que era